



NIÑOS Y NIÑAS: FUTUROS POSIBLES; SUJETOS QUE CONSTRUYEN NUEVAS REALIDADES.

Laura Isabel López Medina¹
Clara Yinet Rojas Moncada²

La infancia tiene sus propias maneras de ver, pensar y sentir; nada hay más insensato que pretender sustituirlas por las nuestras.
Jean Jacques Rousseau

Resumen

En este artículo se pretende realizar una reflexión crítica frente a la perspectiva e ideología en la que los estudios científicos han abordado históricamente a los niños y niñas y realiza una propuesta con la intención de dar un giro a esta visión, promoviendo la idea de que los niños y niñas son agentes de cambio, pueden realizar acciones políticas, tienen sus propias formas de habitar en el mundo y también sus propias potencialidades para transformarlo.

Es posible decir que las diferentes disciplinas se han ocupado poco –al menos directamente– de niñas y niños y cuando lo han hecho, ha sido por medio de conceptos sobre la niñez ligados a cierta noción de socialización (Díaz y Vásquez, 2010). Es decir, como meros replicadores de cultura. A excepción de los trabajos clásicos de Margaret Mead y de algunos otros autores que se sitúan generalmente en la corriente de “cultura y personalidad”, pero que no corresponden directamente a estudios antropológicos.

¹ Psicóloga aspirante a Maestría de Educación y desarrollo Humano de la Universidad de Manizales, pertenece a la línea de investigación socialización política y construcción de subjetividades. Docente de la Corporación Universitaria Von Humboldt.

² Psicóloga aspirante a especialista en Psicología Clínica. Énfasis en psicoterapia con niños y adolescentes. De la universidad católica de Pereira. Psicóloga clínica en la Fundación Familiar FARO.

Las referencias a la niñez suelen aparecer dispersas en datos etnográficos referidos a la familia, el parentesco, el ciclo de vida u otros aspectos de la sociedad, o como un medio para aclarar otras cuestiones, especialmente relacionadas con la transmisión y la continuidad de la cultura (Colangelo, 2014). Es posible que esta sea una de las razones por las que, cuando observamos en retrospectiva el niño o niña aparecen desdibujados, invisibilizados o absorbidos por la visión adultocéntrica y hegemónica que permea nuestra sociedad.

Sin embargo, parece que esto ha empezado a cambiar y actualmente es un tema de gran interés para historiadores, sociólogos, antropólogos, psicólogos y especialistas en ciencias de la comunicación (García, 2006) influenciados por las tendencias actuales ligados a la convención internacional sobre los derechos del niño y los estudios postmodernos, estos últimos caracterizados por una ruptura con lo clásico, es decir, un repensar el sujeto niño o niña no desde el “infans” –el que no habla- o el ausente como lo plantea Philippe Ariés (1960) sino desde el niño o la niña como sujetos que construyen y socializan de maneras propias. En este sentido se ha redescubierto la importancia de comprender los puntos de vista de niños y niñas sobre los hechos de los que participan.

Los puntos de vista representan, como señala Pazos (2005), aquellas posiciones adoptadas, en este caso por los niños, con respecto a las realidades del mundo, así como de los modos en los que son afectados por esas realidades. Desde esta perspectiva los niños y niñas, al estar cruzados por mecanismos de socialización, no solo deben ser comprendidos como *incorporadores* y *multiplicadores* de hábitos y disposiciones, sino como parte de un proceso al que Berger y Luckmann (1972) denominan: internalización-objetivación-externalización y esto implica entender que niños y niñas también producen un mundo cultural y por tanto, generan procesos sociales y mucho más específicamente; prácticas sociales y acciones que pueden también ser políticas en el sentido Arendtiano.

La acción genera historias que pueden dejar marca en épocas específicas y estos efectos son irreversibles, como sucede en las revoluciones y tienen como foco central, a diferencia de las rebeliones, restablecer espacios de libertad e

instituir instituciones que los preserven y estas acciones se realizan a través de obras y discursos pues estos últimos tienen la capacidad de crear nuevos tejidos sociales, llevar a cabo proyectos y tener impacto en la vida política. (Arendt, 1993)

Los niños y niñas entonces no sólo se deben observarse a la luz de los padres sino también de las prácticas que han instaurado como suyas y por tanto, comprender que tienen voz, existen y deben ser tenidos en cuenta como constructores y no sólo como receptáculos de información o imitación de la vida adulta.

Si bien es difícil romper las representaciones sociales que se han instaurado por varias décadas sobre la edad, sobre la evolución, la primacía de lo biológico, la jerarquización de las prioridades y actores de la vida cotidiana, la severidad del método científico, etc. No es imposible, en todas partes y en todas las épocas los seres humanos siempre han previsto la llegada de los hijos y han dispuesto lo necesario para su supervivencia y no siempre han tenido la misma idea respecto a sus hijos, cada cultura tiene una noción idiosincrásica de la infancia y cómo criarla y es precisamente por esto que también puede transformarse.

Philippe Ariès (1960) evidencia que incluso la misma idea de niño, tal como se ha llegado a formular en el mundo occidental moderno, es un desarrollo histórico singular que rompe con ideas y prácticas anteriores en las que al *subdesarrollado hombre* no se le daba un tratamiento especial, sino que era tratado como un adulto en pequeño.

Lo que se ha venido haciendo y debe tomar fuerza y fondo es una integración de los estudios que entienden la infancia y adolescencia como grupos que tienen poder de significación, de dar sentido y construir cultura. Un ejemplo de ello es el estudio desarrollado y denominado “Escuelas territorios de Paz; construcción social del niño y la niña como sujetos políticos en contextos de conflicto armado” (2012) que se centra en la comprensión de los procesos de construcción de la subjetividad política de la niñez en contextos de guerra.

Lo importante entonces es que haya un cambio de paradigma, en términos de Kuhn (1971) en donde la niñez no sólo es un preámbulo o una estación por lo cual se debe pasar para ser alguien, sino donde previamente se es alguien con capacidad y potencial transformador, constructor de realidades y por tanto, sujeto con oportunidad de progreso, de enseñar y de modificar al otro.

Los niños y niñas tiene sus propias maneras de ver, pensar y sentir; y estas no deben ser desvalorizadas, atacadas o intercambiadas por los pensamientos, emociones y lenguajes de los adultos, sino más bien ser comprendidas, potencializadas y desarrolladas en pro de los cambios que se quieren ver en el mundo.

Bibliografía

- Alvarado [et.al.] (2012). Las escuelas como territorios de paz. *Construcción social del niño y la niña como sujetos políticos en contextos de conflicto armado*; con prólogo de Luis Tapia y María Isabel Orofino. ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO; Universidad de Manizales, CINDE.
- Arendt, H. (1993). *La condición humana*. En G. Ramón (Trad.). Barcelona: Paidós.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1972). *La construcción social de la realidad*. Argentina: Amorrortu.
- Colangelo, M. (2014). *Infancias y juventudes, pedagogía y formación*. Universidad Nacional de la Plata.
- Díaz, M. y Vásquez, S. (2010) *Contribuciones a la antropología de la infancia: la niñez como campo de agencia, autonomía y construcción cultural*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Kuhn (1971). *La estructura de las revoluciones científicas*. (Traducción: Agustín Contín). Breviarios 213. Fondo de Cultura Económica.
- Pazos, Á. (2005). *El otro como sí-mismo. Observaciones antropológicas sobre las tecnologías de la subjetividad*. Revista de Antropología Iberoamericana; Noviembre-Diciembre.